

Marion Woodman  
con Kate Danson, Mary Hamilton  
y Rita Greer Allen

# Abandonar el hogar paterno

Un viaje hacia la feminidad consciente



EDICIONES OBELISCO

**Colección Psicología**

ABANDONAR EL HOGAR PATERNO

Marion Woodman con Kate Danson, Mary Hamilton y Rita Greer Allen

1.ª edición: abril de 2021

Título original: *Leaving My Father's House*

Traducción: *Antonio Cutanda*

Corrección: *M.ª Ángeles Olivera*

Diseño de cubierta: *TsEdi, Teleservicios Editoriales, S. L.*

© 1992, Marion Woodman

(Reservados todos los derechos)

© 2021, Ediciones Obelisco, S. L.

(Reservados los derechos para la presente edición)

La cita de *The Feminine in Fairy tales*, de Marie-Louise von Franz, se ha utilizado con permiso del editor, Spring Publications, copyright © 1972.

La cita de «A Ritual We Read to Each Other», de *Stories That Could Be True*, se ha empleado con el amable permiso del autor.

El cuento de hadas «Allerleirauh» procede de *The Complete Grimm's Fairy Tales*, de Jakob Ludwig Karl Grimm y Wilhelm Karl Grimm. Copyright © 1944 por Pantheon Books, Inc., renovado en 1972 por Random House, Inc. Reimpreso con permiso de Pantheon Books, una división de Random House, Inc. La autora y el editor están agradecidos por haber podido usar los materiales extraídos.

Edita: Ediciones Obelisco, S. L.

Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida

08191 Rubí - Barcelona - España

Tel. 93 309 85 25

E-mail: [info@edicionesobelisco.com](mailto:info@edicionesobelisco.com)

ISBN: 978-84-9111-715-5

Depósito Legal: B-6.327-2021

Impreso en España en los talleres gráficos de Romanyà/Valls S. A.

*Printed in Spain*

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

**Nota del traductor y el editor:**

Los tiempos, y la justicia social, exigen que nos enfrentemos a nuevos retos que, hace ya mucho tiempo, deberían haberse asumido. Uno de ellos es el del lenguaje de género, y, sin duda, el castellano no es un lenguaje fácil para conciliar la igualdad de género.

A lo largo de este texto, se ha intentado equiparar géneros en el lenguaje. Considérese ésta una advertencia para que nadie se asombre ante el uso indistinto del masculino o el femenino en el uso de sustantivos o adjetivos.

# Índice

Prefacio . . . . .	9
Agradecimientos. . . . .	13
Introducción . . . . .	15
Abandonar el hogar paterno . . . . .	25

## **Primera parte** **El vestido dorado**

❶ El vestido dorado . . . . .	41
❷ Kate . . . . .	55
❸ Convertir la sangre en tinta. . . . .	61

## **Segunda parte** **El vestido plateado**

❹ El vestido plateado . . . . .	149
❺ Mary. . . . .	161
❻ Redimir el cuerpo de Eva . . . . .	171

## **Tercera parte** **El vestido de estrellas**

❼ El vestido de estrellas. . . . .	257
❽ Rita. . . . .	271
❾ Un interminable comienzo . . . . .	279
Conclusión. . . . .	439
Allerleirauh. . . . .	459

*A Sofia*

## Prefacio

Las cuatro autoras de este libro nos reunimos por vez primera en octubre de 1991, cuando el manuscrito estaba ya en el despacho del editor. Durante dos años y medio habíamos optado por no vernos, pues queríamos que nuestro material fuera propio, de cada una.

Yo he estado en el centro de este cuarteto, observando y participando de un proceso que, desde un principio, estuvo impulsado por cierta sensación de inevitabilidad, como si el propio libro quisiera llegar a ser. A medida que cada una de nosotras iba escribiendo y reescribiendo a partir de miles de páginas de nuestros diarios, me di cuenta de que nuestros mundos interiores se estaban comunicando a través del aparente vacío del espacio y el tiempo. Una y otra vez, cada una de nosotras llegaba a la conclusión de que había acabado, de que no tenía nada más que decir, y, entonces, algo ocurría con otra de nosotras a cientos de kilómetros y se abría un nuevo horizonte para las cuatro.

Sin embargo, a medida que se acercaba el momento de encontrarnos finalmente, yo, que había estado observando durante tanto tiempo cómo nuestros esfuerzos se habían ido entrelazando, sentí que un tremendo conflicto comenzaba a crecer en mi interior. Una parte de mí aceptaba que era inevitable publicar aquel libro, pero había otra parte que estaba en contra. Podía sentir la integridad de las cuatro almas implicadas, y sentía también su vulnerabilidad. Cuando, por fin, nos vimos las caras, yo era del todo consciente de la profunda comunicación que existía entre nuestras almas y que podíamos captar en nuestras miradas.

Compartimos nuestro sueño de publicar el libro y coincidimos en la idea de que la voz femenina tenía que pronunciarse y decir su verdad en la cultura patriarcal. Nos sentíamos fuertes juntas... Nos consentimos un largo silencio y, luego, una parte de mí que nunca se había podido pronunciar comenzó a desgranar su vacilante historia, a pesar de los gélidos dedos que sentía que se aferraban a mi garganta.

Quince años atrás, mientras estudiaba en el Instituto C. G. Jung de Zúrich, nos encargaron un importante trabajo para finalizar el curso: analizar de forma individual un cuento de hadas. Yo me sumergí por completo en el cuento de *Allerleirauh*<sup>1</sup> y, justo antes de entregar mi trabajo, me dieron la noticia de que mi madre estaba enferma, de modo que regresé a Canadá. Cuando llegué, Ross, mi marido, me dijo que ya era tarde para ir al hospital. Mi madre había fallecido.

A la mañana siguiente, mientras estaba junto a su féretro, el dolor, la culpabilidad y la rabia hicieron que me cayera en pedazos. Yo, su única hija, no había estado allí con ella cuando más me necesitaba. No había habido últimas palabras. Tenía que haber escuchado a mi intuición, que me había dicho que no volviera a Zúrich aquel curso. Camino al aeropuerto, yo le había dicho a mi madre:

—Siento que no debería ir.

A lo que mi madre me respondió:

—Ve, Marion. Si puedes encontrar la libertad, ve.

Yo me había sumergido por completo en el estudio de *Allerleirauh* buscando esa libertad, y no me había percatado de lo que estaba sucediendo mientras tanto en casa.

Al día siguiente del funeral, un día ciertamente lúgubre, Zúrich y todo lo relacionado con aquella ciudad se convirtieron para mí en una pesadilla. Un estúpido cuento de hadas me había seducido hasta el punto de traicionar a mi propia madre. Ni siquiera podía recurrir a una llamada telefónica que me permitiera hablar con ella, ni siquiera para pronunciar dos palabras. La eternidad era un muro silencioso, brutal.

Consciente del caos en el cual me había sumergido, Ross invitó a diecisiete amigas mías a casa para que les leyera el trabajo sobre el cuen-

---

1. Este cuento de los hermanos Grimm se tradujo al castellano como *La bestia peluda*, y es así como se puede encontrar actualmente. (*N. del T.*)

to de hadas. Aquello me indignó. Pero ¿cómo iba yo a aguantar el tipo delante de todas ellas? *Allerleirauh* no significaba nada para mis amigas canadienses, y ahora tampoco para mí. Pero mi marido se empeñó, me ayudó a arreglar unas flores y preparar algo de comida, y mis amigas vinieron. Entre ellas estaba Mary. Al abrigo del cariño de todas ellas, mis reticencias comenzaron a desmoronarse. Mi alma se puso a leer quedamente y, poco a poco, todo cuanto había escrito comenzó a tomar un sentido mucho más profundo, del cual yo no me había percatado cuando redacté el trabajo. A continuación, mis amigas mostraron un verdadero interés a través de sus preguntas, y sentí que habían comprendido lo que la libertad significaba para mí.

De modo que ahí estaba yo, quince años después, trabajando todavía con *Allerleirauh*, alcanzando niveles aún más profundos de libertad, liberándome de los valores patriarcales, consciente todavía de esa femenina desesperación, de ese temor a no ser escuchada jamás. Y, aunque así fuera, ¿para qué iba a servir? Ahí estaba yo en aquel momento contando mi historia, intentando tirar de mi propia fuerza masculina para que dijera que sí a la publicación. Y, mientras hablaba, sentí el cariño y el coraje de las tres mujeres que estaban allí conmigo. Vi con claridad cómo el hecho de abandonar el hogar paterno había dado a luz a nuestra propia masculinidad creativa. Pero también vi la fuerza interior que había hecho posible la reconciliación profunda con nuestras propias madres, con generaciones de madres y con la Gran Madre. Y sentí su amor por nosotras, sus hijas, orgullosas de nuestra madura feminidad.

Y así, juntas, decidimos dedicar *Abandonar el hogar paterno* a Sofía.

## Agradecimientos

Gracias

a Marie-Louise von Franz, cuya comprensión de los cuentos de hadas es inapreciable a la hora de iluminar la psique

a Robert Bly, cuya breve frase en una conferencia se convirtió en el título de este libro

a Esalen, donde Sofía refleja la grandeza de Dios, donde este libro fue concebido y ponderado en el corazón

a Emily Hilburn Sell y David O'Neal, nuestras editoras

a nuestros padres, nuestras madres,

nuestros hermanos,

nuestras hermanas físicas y hermanas del alma

a nuestros maridos, con quienes hemos danzado y peleado,

reído y llorado,

conversado y guardado silencio,

y vivido

durante un total de ciento treinta y dos años.

Marion, Kate, Mary, Rita



## Introducción

La epifanía de aquello que había estado oculto hasta el momento precisa no sólo un ego ante el cual pueda manifestarse. Necesita también, incluso en mayor grado, un acto de atención y devoción por parte del ego, cierta aptitud para dejarse «conmover» y la disposición para ver lo que quiere aparecer.

—Erich Neumann

El eterno femenino se está abriendo paso en la consciencia contemporánea. La Shekinah, Kwan Yin, Sofía, sea cual sea su nombre, es la manifestación de la divinidad en la materia. Entre sus numerosos rostros están los de la Virgen Negra, la Mujer Búfalo Blanco, Shakti, Kali o Afrodita. Suyos son los senderos de la paz, la compasión, la reverencia por la vida y la muerte en la unidad de la naturaleza. Conocerla no tiene nada que ver con dirigirnos, dando traspiés, ciegamente, hacia un destino que creemos inevitable. Sin embargo, sí que tiene que ver con el desarrollo de la consciencia, hasta que es suficientemente fuerte como para soportar la tensión como energía creadora. En la confusión de nuestros tiempos se nos llama a un nuevo orden de realidad. Y mientras nos esforzamos por llegar a esa consciencia sufrimos, pero nuestro sufrimiento nos abre a las heridas del mundo y al amor que puede sanarlas. La tarea que tenemos a mano consiste en relacionarnos con lo femenino que emerge, tanto si nos llega a través de los sueños, como con la pérdida de una persona amada, con la enfermedad del

cuerpo o a través de la angustia ecológica. A cada una de nosotras y nosotros, cada una a su manera, se nos está llevando ante Su desafío.

La feminidad consciente no está ligada al género, pues pertenece tanto a los hombres como a las mujeres. Aunque, en la historia de las artes, los hombres han articulado su feminidad bastante más que las mujeres, éstas se están convirtiendo ahora en las custodias de su propia consciencia femenina. Durante siglos, los hombres han proyectado su imagen interior de la feminidad, elevándola hasta una consciencia que hacía que las mujeres que aceptaban la proyección quedaran separadas de su propia realidad. Se convertían en utensilios en vez de en personas. La consciencia que se les atribuía era una consciencia que se proyectaba sobre ellas. Esa proyección era a veces una imagen idealizada de belleza y verdad, una esfinge, o un dragón. Pero, fuera lo que fuera, no podía ser una mujer encarnada. El hombre no tiene matriz, y la incorporación de su feminidad es, por tanto, diferente de la de la mujer.

Sin embargo, todos somos seres humanos, y todos y todas somos hijas e hijos del patriarcado. Y aunque nuestra cultura se ha venido desarrollando durante tres mil años, el hecho de haberlo hecho a través de los ojos masculinos exclusivamente ha tenido un elevadísimo coste. Lo que comenzaron siendo valores masculinos ha degenerado en un anhelo desmedido de control. El poder ha machacado tanto nuestra feminidad como nuestra masculinidad. Todos y todas funcionamos con estas dos energías bien diferenciadas. Del mismo modo que la salud y el crecimiento dependen tanto de la oscuridad como de la luz, la madurez depende de un equilibrio interno entre el yin y el yang, entre Shakti y Shiva, entre el Ser y el Hacer. Yo prefiero llamar a estas energías feminidad y masculinidad, porque sus imágenes biológicas aparecen en los sueños, y su interacción o falta de interacción se revelan como armonía o caos en la psique. Para mí, estas palabras no están ligadas a la noción de género.

La feminidad consciente, como veremos en este libro, guarda relación con el proceso que lleva la sabiduría de la naturaleza a la consciencia. Durante demasiado tiempo hemos dado por sentada a la instintiva Diosa Madre. En nuestro propio cuerpo, en la Tierra, hemos dado por hecho que nos alimentaría y nos protegería. Nos hemos estado regodeando en imágenes sentimentales. Durante siglos, nos hemos olvida-

do de ella, la hemos agraviado, la hemos violado. Y, ahora, nos encontramos ante una disyuntiva: o integramos sus leyes en la consciencia o moriremos. En nuestro planeta hay un proceso evolutivo en marcha, y sólo podemos albergar la esperanza de que, más allá de la muerte actual, reine la cordura. Hasta el momento, a lo largo de la historia, lo femenino inconsciente se ha asociado con el instinto; y, ahora, lo femenino inconsciente está dando luz a la naturaleza instintiva e iluminadora con nuevas imágenes que nos llegan en sueños y en la obra creativa.

La tarea de liberar lo femenino del poder tiránico de lo masculino desbocado y enloquecido es larga y ardua. Y el proceso es tan difícil dentro como lo es fuera. Observarlo de forma abstracta es una cosa; pero experimentarlo en persona es algo bien distinto.

Este libro mira hacia dentro. Emergió de un sueño muy concreto. Hace cuatro años, yo estaba preparando una conferencia sobre lo femenino en el mundo académico. Kate, una de las mujeres analizadas, estaba trabajando en su tesis, peleándose consigo misma y con sus profesoras. Le pregunté si estaría dispuesta a compartir un sueño que ella había tenido casi dos años atrás, y accedió.

El sueño se había ido haciendo cada vez más significativo. Hace dos años le pedí permiso para incluirlo en un libro.

—Sé que todavía no he terminado con este sueño —dijo, y llegó a la siguiente sesión con cuarenta páginas de trabajo concentrado acerca de él. Se la veía agitada, aprensiva. Instigada por un impulso interno, Kate había comenzado a replantearse todos los sueños de aquel período. Desde su perspectiva en aquel momento, podía adoptar una postura desapegada que le permitiera discernir un patrón emergente. Como una detective buscándose a sí misma, Kate estaba decidida a encontrar el hilo de Ariadna en el laberinto de sus sueños y compulsiones. Cuanto más profundizaba en sus asociaciones de ideas, más preguntas se formulaba, y más consciente se hacía el patrón inconsciente. Con el tiempo, se sometió ante la exigencia interna de suspender su tesis durante un año, y se centró en el trabajo interior que había hecho durante los últimos seis años. Sabía que la consciencia femenina que ella quería traer a su tesis estaba arraigada en su propia realidad.

Mientras yo observaba cómo iba tomando forma la historia de Kate, me di cuenta de que estaba teniendo lugar un proceso similar en otras

dos mujeres. Mary y Rita estaban trabajando en dos caminos distintos por motivos muy diferentes y en etapas muy diversas de la vida. Las tres estaban en una fase de sus procesos que les exigía una tremenda concentración para poder sintetizar las partes en un todo. Pero, a medida que las raíces de la comprensión iban ahondando en sus corazones, sus cabezas lo comprendían todo con mucha más claridad, y, poco a poco, corazón y cabeza se iban convirtiendo en una mujer completa, inmersa en la búsqueda de su verdad interior, una verdad que pudiera hacerlas libres. Durante años, cada una de ellas había estado creando la historia de su alma día a día, en sus correspondientes diarios de sueños, pero había llegado el momento de dar un paso atrás y contemplar la historia íntegra con todas y cada una de las células de su cuerpo.

Durante este tiempo de transición, las tres estuvieron descartando estereotipos que hacía mucho habían muerto. En sus sueños se iban desprendiendo de viejos vestidos, viejas grabaciones y viejos muebles. Y, a medida que los recuerdos volvían a la superficie, las tres revivían en sus cuerpos el dolor original y percibían las insinuaciones de la consciencia corporal. Estaban trayendo a la consciencia nuevas imágenes que las guiaban en sus cambiantes relaciones. Y al establecer contacto con esos síntomas y símbolos interiores, encontraban nuevos sentidos en sí mismas.

«Esto es feminidad entrando en la consciencia –pensé–. Estas tres historias son párrafos de una historia mayor, la historia de Sofía. Sofía dándose a conocer. Kate, Mary y Rita están haciendo todo lo que pueden para liberar su fulgor desde la oscuridad de la materia».

Sé lo difícil que es sostener los valores de Sofía en un mundo que no tiene tiempo para ella. Sé que muchas personas están solas, padeciendo trastornos radicales en sus sueños sin ningún tipo de apoyo. Sé también que el poder sanador del proceso onírico no se puede comprender viendo dos o tres sueños. Hay que seguir ese proceso durante años, viniendo directamente desde los sueños para poder apreciar su sabiduría. De modo que pregunté a Kate, a Mary y a Rita si estarían dispuestas a contar parte de sus historias. Durante dos años estuvimos dialogando con figuras internas para asegurarnos de que su misterio no sería violentado. Y, poco a poco, cada una de las tres mujeres tomó la decisión de publicar. La mayor parte de este material se ha editado

a partir de sus diarios. Muchas de las imágenes son arquetípicas, y se comparten con la esperanza de que quienes lean estas páginas reconocerán en ellas sus propias imágenes. En ese reconocimiento puede darse la conciencia creciente de un inmenso cambio, que se está abriendo paso desde el inconsciente colectivo hasta la consciencia. Ninguna de nosotras diría que hemos alcanzado la meta; ninguna de nosotras pretende tener la respuesta; y todas coincidimos en que el significado está en el proceso.

Lamento no disponer de alguna historia de un hombre contemporáneo acerca de la evolución de su feminidad. Sin duda, si leemos las meditaciones de los santos, si estudiamos a los grandes poetas, músicos y artistas, podremos seguir el viaje de sus almas femeninas. En los cuentos de hadas, la heroína personifica lo femenino en los hombres y en las mujeres, pues nuestros mapas psíquicos son similares. Los hombres que intentan vivir los valores de su alma en nuestra cultura son objeto de burla y sufren de maneras que las mujeres deberíamos tener en cuenta. Todas y todos somos hijas e hijos de los mismos progenitores. Todas y todos compartimos la cruel y trágica sombra del poder patriarcal.

Reconozco que al escribir hacemos una ficción de nosotras mismas, al igual que ocurre con la narración de historias. Sin embargo, al contar nuestra historia, si podemos dejar que tome su propio impulso, podremos destilar la verdad de la ficción en nosotras. Y la verdad cambia día tras día, a veces hora tras hora. Ése es el motivo por el cual tenemos que mantener un estrecho contacto con nuestra historia. Si nuestra imaginación se concreta, si deja de salir de la realidad viva de nuestro cuerpo, entonces no haremos otra cosa que adorar a dioses de piedra y correremos el riesgo de petrificarnos como nuestros dioses.

La narración de historias se halla en el corazón de la vida. En ocasiones, cuando caigo en una ensoñación, puedo ver cómo mi vida interior continúa allí donde el sueño se detuvo en el momento del despertar. De niña nunca me aburría, porque siempre podía continuar con mi historia. Me sigue gustando pasear por la playa o por los bosques escuchando esa historia interminable. Mi imaginación está creando siempre alguna forma que permita modelar esos eventos esporádicos de la vida cotidiana. Ese fuego creativo moldea mi caos interior para convertirlo en un reflejo del orden sagrado que siento en la naturaleza.

Yo sentía cierto resquemor al hacer esto, incluso me avergonzaba de ello. Pero después leí lo que explicaba Jung de los indios pueblo. Jung sabía que, si ellos hubieran perdido la fe en su historia, el misterio que los mantenía juntos como un noble pueblo se habría desvanecido. Me acordé de aquellas pocas veces en mi vida en que había interrumpido racionalmente mi historia, y me di cuenta de cómo mi vida se había desbaratado en aquellos intervalos. Esa historia continúa en mis sueños, que cada noche hacen su trabajo sanador. Poco a poco, estoy reconociendo el significado de mi existencia a través de mi propio mito. Cada vez comprendo mejor el sueño de Jung del yogui meditando en una iglesia. Cuando se dio cuenta de que el yogui tenía su rostro, se despertó sobresaltado pensando: «¡Aja, entonces es él el que me medita! Él tiene un sueño, y yo soy ese sueño». Y supe que, cuando él despertara, yo dejaría de ser».<sup>1</sup>

Las narradoras de historias son personas importantes en una cultura, pues nos llevan a un mundo donde dejamos de estar fragmentadas por los meros hechos de la vida. Ellas tienen una visión que se halla más allá del mundo literal y físico, en el mundo imaginal, donde los hechos están enlazados a posibilidades, donde los recuerdos, las visiones y los rituales individuales se pueden entrelazar en el tejido colectivo. No es que la numinosidad de la visión individual quede diluida en el colectivo, sino que el colectivo comienza a tener una nueva visión de sí mismo, y los individuos ya no están aislados. Sin historias, carecemos del cosmos que nos mantiene en contacto con la realidad universal. Sin historias, no hay manera de recomponernos cuando nuestro mundo personal se cae a pedazos. No podemos recordar qué era amar y ser amadas, ser apreciadas por el mundo que nos rodea.

Y dado que las historias reflejan nuestra vida interior, las mujeres necesitamos contar historias de lo que significa ser mujer. Me he percatado de esto una y otra vez en las sesiones analíticas, pero esto mismo ocurrió a un nivel tribal mientras trabajaba con un grupo de mujeres

---

1. C. G. Jung. *Memories, Dreams, Reflections*, Aniela Jaffé (ed.), trad. del alemán de Richard y Clara Winston (Londres: Collins, Fontana Library, 1971), pág. 355. Edición en castellano: *Recuerdos, sueños, pensamientos* (Barcelona: Seix Barral, 2002).

en un congreso celebrado en Orillia, Canadá. Una mujer se puso de pie y comentó con voz queda algo acerca de lo que se había dicho, y entonces, sin poder controlarlo ella, la historia comenzó a narrarse sola. Llegó con una sinceridad cristalina, que alcanzó el corazón de cada una del centenar de mujeres que había en la sala. La historia interior y la historia exterior convergieron. Nos reconocimos y las lágrimas fluyeron. Después, contuvimos el dolor en el movimiento y el canto ritual.

Mientras tanto, Robert Bly estaba trabajando con los hombres. El dolor de padres e hijos emergía en sus historias. Ellos también se habían visto reflejados en sus historias, y sus rostros estaban tan transformados como los nuestros cuando nos juntamos de nuevo. Nos sentamos en círculos concéntricos, relatando lo más esencial de lo que había ocurrido en cada uno de los grupos. No había polémicas, no había rencores. Cada una de nosotras y nosotros reconocimos la angustia del otro, de la otra. Recordamos nuestra humanidad compartida. Por unos instantes, al menos, nos pudimos quitar las gafas patriarcales. Vimos. Vimos la profundidad de la herida, y sentimos también la presencia del Dios y la Diosa atravesando la herida. Allí estaba el amor que quema y purifica el corazón.

Nuestra cultura está marcada por la pérdida de los valores propios del sentimiento, porque, aunque muchas historias prosiguen en el alma, nunca se escuchan. Son numerosas las personas que olvidaron hace mucho aquellas cosas que valoran, y, si las recuerdan, intentan olvidarlas. Quieren tener éxito en una sociedad competitiva. Desean que se las quiera, signifique lo que signifique eso, cuando fingen ser alguien que no son. Son tan adolescentes que no se atreven a mirarse a sí mismas, pues eso supondría asumir la responsabilidad de quiénes son. No se atreven a reflexionar sobre sí mismas; no se atreven a contemplar el tapiz de su vida, que se teje cada noche en las imágenes de sus sueños. Se trata de una trágica pérdida, porque esas imágenes conforman nuestra vida interior y nuestra vida exterior. Sin una conexión consciente con ellas, la vida se vive de forma inconsciente. Con una conexión consciente, la vida conecta con su fuente creativa. Y dado que estas imágenes evolucionan una y otra vez —a diario, en el análisis, si el calor es suficientemente elevado—, la estrecha relación que establecemos con ellas nos asegura un vínculo entre el ego consciente y la ener-

gía creativa que mantiene viva la historia, que conserva su integridad y su sacralidad.

Al encontrar nuestra propia historia, reunimos todas las partes de nosotras mismas. Por mucho lío y caos que hayamos creado con todo eso, podemos ver de algún modo la totalidad de quiénes somos y reconocer cómo se relacionan entre sí nuestros errores. Podemos poseer lo que hicimos y valorar lo que somos, no por el resultado, sino por la historia del alma que nos impulsa. Esa historia es nuestro mito individual.

Quizás sea importante señalar que, a lo largo de la era cristiana, se ha hecho mucho hincapié en la distinción entre espíritu y carne. El punto medio, el alma, lo que Keats llamaba «hacer alma», estuvo extrañamente ausente. En el siglo XIX, el alma encontró su lugar en la música, la literatura y el arte del romanticismo. La «Oda a Psique» de Keats, escrita en 1819, resume su descubrimiento y exploración de Psique. A Psique, decía Keats, nunca se la ha reconocido, de ahí que él fuera a construir un templo para ella en «alguna región inexplorada de [su] mente»;<sup>2</sup> esa región ignorada tanto por el espíritu como por la carne, por mente y materia. Psique vive en un estado parecido al de Allerleirauh en el cuento homónimo, el relato de hadas del que hablaba antes. Su invisibilidad es su destierro; su reconocimiento, tras un enorme proceso de hacer alma, constituye su regreso. En este libro se diferencia a Psique como alma y a la creatividad masculina como espíritu. No se trata de un homenaje religioso. No es una nueva religión. Trata de la femineidad convirtiéndose en humana, volviendo del destierro y transformando nuestra vida.

Kate, Mary y Rita vivían una vida corriente hasta que el destino las llevó a una crisis en la cual su sufrimiento destiló la pregunta de sus labios: «¿De qué trata mi vida?». Cada una de ellas creyó que la respuesta estaba en su inconsciente y, trabajando con los sueños y por medio del trabajo anímico-corporal, establecieron un diálogo entre el consciente y el inconsciente. Ese diálogo se convertiría en agua viva en su desierto. Sus heridas liberaron su creatividad.

---

2. John Keats. «Ode to Psyche». En *English Romantic Writers*, David Perkins (ed.) (Nueva York: Harcourt, Brace and World, 1967), pág. 1184, línea 51.



Estas historias no son estudios de casos. Aunque cada una de estas mujeres se pasó algunos meses conmigo trabajando en profundidad, las circunstancias de la vida —la distancia, la enfermedad, el dinero— hicieron imposible que vinieran a visitarme regularmente durante un período de varios años. En ocasiones, cada una de ellas se atrevió a sumergirse en sus propias profundidades, a su manera, en su propia casa.

De forma sincrónica, estas tres mujeres, que no se conocían entre sí, impulsadas por algo en su interior, comenzaron a escribir la historia de su alma. Yo estaba cerca de cada una de ellas. Sufrí con ellas, al tiempo que mantenía un punto de vista objetivo. Las ayudé a sacar a la consciencia sus historias individuales y me fijé en lo que las tres historias tenían en común. Vi con mis ojos físicos la nueva vida que se desesperaba por nacer, la percibí con mi ojo interior y empaticé con ella. Mientras veía desplegarse aquellas historias personales, sentí que cada una de ellas estaba tocando unas raíces femeninas muy antiguas, raíces que yo había explorado en los cuentos de hadas. Para conectar con las historias personales en una comprensión más profunda del eterno femenino, he elegido a *Allerleirauh* como prototipo de lo femenino abandonando el hogar paterno.

Este libro es nuestra aportación al libro de Sofía.

## Abandonar el hogar paterno

Por la raíz de mis cabellos un dios me agarró y yo crepité en sus azules voltios como un profeta del desierto.

—Sylvia Plath<sup>1</sup>

El mundo del «había una vez» de los cuentos de hadas es el mundo sin espacio ni tiempo del alma. Las historias antiguas, con sus nítidas líneas narrativas, constituyen un mapa de los senderos interiores hacia la totalidad. Todos los personajes son parte de nosotras. Son imágenes que personifican características de personas con las que convivimos a diario, y príncipes, brujas y animales que nos visitan en los sueños cada noche. Y aunque las leyes del mundo de la materia (la naturaleza) no son las del mundo de la psique (el alma), las imágenes se aplican a ambos mundos. Son los conectores. Si nos concentramos en las imágenes de nuestras historias y sueños hasta que destilemos su verdad, nos arraigaremos en la realidad de nuestra propia imaginaria. La vida vivida desde nuestra verdad interior no es una actuación vacía. Es un descubrimiento dinámico que se verifica instante a instante.

Destilar la verdad de la imagen es la tarea. Einstein, por ejemplo, soñó con que se deslizaba a lo largo de un rayo de sol. Después se vio a sí mismo reflejado en un espejo con los pies atados. De inmediato se

---

1. Sylvia Plath. «The Hanging Man». En *Ariel* (Londres: Faber and Faber, 1965), pág. 70. Edición en castellano: *Ariel* (Madrid: Hiperión, 2016).

percató de que estaba, de hecho, cabalgando el rayo de sol. Dicho de otro modo, se estaba moviendo a la misma velocidad que la luz. Él era la luz. Le llevó toda una vida de reflexión destilar la verdad de aquella imagen. La concentración que le llevó a formular el  $e = mc^2$  había cambiado la consciencia del mundo.

Mientras me concentraba en destilar la verdad de las historias de Kate, Mary y Rita, pensé: «Ahora son las hijas del padre. Una sabía que su padre admiraba su mente; otra sabía que su padre admiraba su cuerpo; y la otra adoraba a su padre desde la distancia. Cuando se hicieron mujeres, su energía vital circuló en torno a los hombres, y cada una de ellas fue llevada a complacer los estándares patriarcales. Sus motores estaban alimentados por sus relaciones con el mundo exterior. La energía total disponible de su psique estaba en el complejo del padre. El complejo de la madre o bien era enjuiciador y destructivo o bien estaba reprimido. Cada una encuentra su propia salida centrándose en su propia matriz creadora».

Después pensé en el cuento de hadas *Allerleirauh* de los hermanos Grimm. «Ahí está el hilo —pensé—. Ahí hay una historia de lo femenino liberándose del patriarcado». Por patriarcado entiendo cualquier cultura cuya fuerza impulsora es el poder. Las personas que se forman en esa cultura están programadas para buscar el control sobre los demás y sobre sí mismas en un inhumano deseo de perfección. Así, un padre patriarcal no va a ser más destructivo para el desarrollo psicológico de su hijo o hija que una madre que pueda aparecer en sueños como un idealista e inmisericorde oficial nazi. Ambos géneros portan la trágica sombra del poder patriarcal.

El relato completo aparece en el apéndice de este libro, pero uniré las distintas partes a través de las historias de Kate, Mary y Rita.

He aquí que había tres princesitas que, como muchas niñas pequeñas, sabían que, en la medida que complacieran a su papá y a su mamá, se las tendría por adorables. Ellas se esforzaban por ser las mejores. Una parte en cada una de ellas era la obediente y modesta hija, siempre buscando, siempre impotente. Otra parte estaba desconectada de su fuente en su cuerpo femenino y, al igual que su madre y que generaciones de abuelas, portaba profundos recuerdos corporales de culpabilidad y vergüenza sexual.

Allerleirauh, cuyo nombre significa «de muchos tipos de pieles», es una princesa cuya madre posee una belleza sin parangón en toda la Tierra.<sup>2</sup> Pero, hallándose ésta en su lecho de muerte, consigue del rey la promesa de que no se volverá a casar a menos que encuentre a una mujer tan hermosa como ella y «con un cabello de oro así». Tras su fallecimiento, el desconsolado rey la llora en soledad, hasta que sus consejeros le ruegan que se case de nuevo. No obstante, sus mensajeros no encuentran a una mujer de tal belleza y «con un cabello de oro así».

Esta reina sería el ama del gallinero en las telenovelas populares, la viva imagen de la feminidad para millones de hombres y mujeres. Vanidosa y celosa, ha decidido tener dominado a su marido incluso después de su muerte. En tanto que él, dependiente y sentimental, sucumbe a sus malvados hechizos, perdiendo su tiempo y llorando por un paraíso que nunca existió. El rey es incapaz de mover su energía en el flujo y la espontaneidad de la vida.

El cabello sale directamente de la cabeza, del mismo modo que las ideas. En los sueños, como en la vida, el peinado, el corte, el crecimiento y el secado del cabello son indicios de cambios importantes en la psique (alma) o la *persona* (la máscara que mostramos al mundo).<sup>3</sup> La analista suele aparecer en los sueños como una peluquera. Lo dorado, por otra parte, suele estar asociado con el sol, la inmortalidad, la numinosidad espiritual. En esta parte de la historia, sin embargo, el poder pervierte al espíritu, lo que equivaldría a la muerte espiritual del rey. La energía creativa asociada al oro se convierte en un simple baño de oro.

Ahora bien, al cabo de un tiempo, el volcán de la energía reprimida del rey entra en erupción cuando un día ve a su hija, que es tan hermosa como su madre fallecida y «con un cabello de oro así». Para horror

- 
2. Se recomienda la lectura del cuento previamente para poder seguir las explicaciones de la autora relacionadas con el relato. El cuento se encuentra en el apéndice, al final del libro. (*N. del T.*)
  3. En la psicología analítica de Jung, la *persona* (que, en latín, era como se le llamaba a la máscara de los actores) es el arquetipo que representa aquella parte de nosotras que queremos compartir con el resto del mundo; es decir, nuestra imagen pública. Para diferenciarlo del término habitual «persona», el arquetipo junguiano en este libro se escribe en *cursiva*. (*N. del T.*)

de sus consejeros, y aún más el de su propia hija, el rey se enamora y decide casarse con ella.

¿Quién es el rey en un cuento de hadas? Externamente, es la personificación de un contenido dominante en la consciencia colectiva de la cultura. Por otro lado, como imagen interna, el rey suele portar la integridad divina, el fulgor solar y la intuición espiritual. En nuestra cultura, el rey se suele proyectar sobre profesores, evangelizadores, gurús y terapeutas.

Las mujeres que han adorado a su padre puede que proyecten su rey interior sobre un hombre sencillo, coronándolo con luz e invistiéndolo con su propio potencial intelectual y espiritual, para luego preguntarse por qué ese hombre no es capaz de rellenar sus regias vestimentas. De hecho, la misma intensidad de la luz que estas mujeres proyectan puede constelar con la profunda negrura de los miedos y la cólera de él. Los hijos varones de tales mujeres quizás estén condenados a complacer o a destruir a sus madres o a las madres sustitutas. Y con demasiada frecuencia portan la proyección regia de una mujer que ha abdicado y no se responsabiliza de sus propios dones. Debido a que no conoce a su propio rey interior, ella lo proyecta fuera. Su marido ha fracasado en ese papel real, y entonces es el hijo el que porta el peso de la realeza con sus devoradoras exigencias.

El rey en esta historia está contaminado con algunos de estos males-tares culturales. Externamente, él ostenta el poder. Sin embargo, su embriagadora reina está muerta; es decir, no se siente conectado con la vida. Está atrapado en su ideal sentimental de la perfecta feminidad. En términos psicológicos, este hombre está atrapado en un complejo materno. Mientras no traiga la madre a la consciencia, el hombre no la experimentará como a una mujer individual, con sus pensamientos y sentimientos propios. Ella es una imagen arquetípica que tiene poder sobre él, sea de tipo sexual o espiritual. El hombre no ha traído a la consciencia sus propios valores del sentimiento y, por tanto, no puede relacionarse con su mujer como una persona. Cuando la imagen perfecta que él está proyectando sobre ella se ve amenazada por la mujer verdadera que expresa sus propias necesidades y pensamientos, puede que el hombre diga con un rugido que ella ya no es la persona amorosa y nutricia con la que se casó, y que incluso parta en busca de una mujer

que sea tan inconsciente como su propio femenino interior. Normalmente, encontrará a una mujer que se parecerá a su esposa cuando tenía veinte años. Dicho de otro modo, su femenino interior no habrá madurado en absoluto; su autoestima seguirá estando en función de que la mujer proyecte sobre él al chico dorado.

O puede que sea el papi dorado para su mujer de cabellos de oro. Ella vive en su propia cabeza, separada del hecho de estar arraigada en su propia materia. Así, sus valores del sentimiento son tan impredecibles como los del hombre. Y en su temor a verse rechazada por su padre-marido, ella quizás pase de madre a princesita consentidora del sabelotodo de papá. Mientras lo femenino no esté conectado con firmeza con la musculatura del cuerpo, carecerá de la afirmación visceral que dice «Esto me vale. Esto es lo que yo soy». ¿Cuántas personas que creen que nunca sueñan son sonámbulas en su matrimonio, en su trabajo, en su iglesia, adhiriéndose ciegamente a ideas que jamás cuestionan, sin poner el corazón en lo que están haciendo? Cuando las emociones que se estremecen en las entrañas conectan con los valores del sentimiento, la feminidad consciente arraiga en su propia verdad. En la medida en que lo femenino sea inconsciente, dependiente de la masculinidad que es dependiente de ella, la constelación psíquica será incestuosa: la madre ligada al hijo o la hija ligada al padre.

Estamos hablando aquí de la M y de la P mayúsculas —el complejo de Madre y el complejo de Padre, las dos dinamos más importantes de nuestra psique—. La ligazón o falta de ella con nuestros progenitores personales genera estas dinamos de asociaciones inconscientes, que influyen en nuestras relaciones futuras con hombres, mujeres, niñas, niños y sociedad en general. Si, como hijas, nuestro cordón umbilical está conectado a los valores masculinos (de nuestro padre, de nuestra madre o de ambos), en la vida adulta pensaremos que nuestra mera supervivencia depende de la reverencia a los estándares patriarcales. Hemos de tener 90-60-90, tenemos que dar la talla, hemos de tener temple. Inconscientemente, se nos lleva a cumplir con expectativas que quizás tengan poco que ver con quiénes somos. Y así, inconsciente, es la voz que nos conduce en estos complejos, que nuestro cuerpo va a tener que desmontar para reconocer que somos esclavas de un dictador interno. Los complejos están en nosotras, y proyectando nuestra rabia

sobre los hombres no vamos a resolver la constelación interna víctima/verdugo.

En una situación similar, o puede que peor, se halla la feminidad del hombre que se ha sentido intimidado por los aspectos patriarcales de sus progenitores. Quizás tenga un complejo de madre enjuiciadora que le reduzca a la parálisis si se ve en la disyuntiva de no complacer a su mujer, a la empresa o a su universidad. O puede que se convierta en un intimidador peligroso, con el fin de destruir lo que le destruyó a él. Con frecuencia precisará un corazón roto, literal o simbólicamente, para llevar su feminidad a la consciencia.

En el modelo de psique de Jung, las asociaciones con nuestros progenitores personales, o la pérdida de éstos, se convierten en complejos y hacen racimos en torno a un arquetipo. El complejo paterno tiene en su centro al arquetipo de Dios, el materno, el de la Diosa, y ambos tienen sus aspectos positivos y negativos. Estos arquetipos son campos de energía que nos dejan «crepitando en sus voltios azules».<sup>4</sup> Nos pueden inundar con una luz radiante o pueden abrumarnos y sumirnos en la desesperación. Son nuestros dioses internos, espiritual e instintivamente. Sin acceso a ellos, la vida se convierte en una existencia aburrida en dos dimensiones. Relacionarnos con ellos nos permite trabajar encarnando a nuestros ángeles y nuestros animales.

Los arquetipos son campos de energía innatos de nuestra psique. Son como imanes ocultos. No podemos verlos, pero podemos ver sus imágenes y sentir el impulso de su energía. Si, por ejemplo, vamos a una fiesta y vemos a un hombre que nos genera un escalofrío o nos hace estremecernos, podemos tener la certeza de que se ha activado nuestro complejo paterno. Si el estremecimiento se convierte en agitación o temblores, es probable que nos esté moviendo la energía de un arquetipo. Si una es joven e inexperta, su inconsciente encenderá esa flecha que llamamos proyección, y al hombre al que le dispare la flecha portará para ella desde entonces la imagen interna del Padre-Dios. O bien su demonio. Si el complejo materno de él vibra en nuestra presencia y las vibraciones de ambos se hacen armónicas, entonces el inconsciente de él nos lanzará la flecha de la Diosa Madre. O bien su *femme*

---

4. Plath, *Ariel*, op. cit., pág. 70.

*fatale*. Si nuestro ego es lo bastante fuerte, podremos elegir si «nos enamoramamos» o no. Si no lo es, caeremos en el saco. Estos imanes arquetípicos atraen y repelen. Dioses y vampiros, diosas y brujas están alarmantemente cerca en estos dominios. Nos construyen y nos rompen, dependiendo de nuestra relación consciente con ellos.

Qué complicada la disciplina del hombre  
obligándole a elegir por sí mismo su dolor preestablecido.

—Emily Dickinson<sup>5</sup>

Un problema trágico de nuestra cultura es que no sabemos diferenciar entre *identificarnos* con el arquetipo y *relacionarnos* con él. Cuando las personas adictas hablan de un subidón o un chute, lo que quieren decir psicológicamente es que quieren identificarse con un arquetipo. Desean olvidar la realidad del ser humano y escapar sumergiéndose en el poder divino. Quieren entregar su débil ego a los impulsos del inconsciente. Desean ser el Dios o la Diosa. Sin embargo, no han hecho el duro y paciente trabajo de construir un contenedor psíquico. Ese contenedor, que comienza como el ego, tiene que ser lo bastante flexible como para expandirse con la energía divina. Es el instrumento a través del cual se manifiesta la divinidad. Pero tiene que saber que es el instrumento de lo divino; no es el Dios o la Diosa. Tiene que ser lo suficientemente humilde como para recuperar sus dimensiones humanas.

Shakespeare, por ejemplo, tras dominar esta técnica, pudo abrirse a un rapto divino para que naciera *Hamlet*. Y luego volvió a ser Will para irse al pub a tomar algo.

La feminidad consciente está lo bastante arraigada como para relacionarse con lo divino sin identificarse con ello; la masculinidad consciente es lo suficientemente discriminativa como para cortar la identificación con una afilada espada. La identificación es inconsciente; la relación es consciente.

---

5. Emily Dickinson. *The Complete Poems* (Boston: Little, Brown and Company, 1960), pág. 430. En castellano: Emily Dickinson, *Poesías completas* (Madrid: Visor Libros, 2013).



La identificación con la energía arquetípica alimenta la inflación, que se convierte en deflación. Falsas esperanzas, falso poder, falsos dioses se desmoronan de manera agónica. Sin la disciplina y los límites que proporciona la Iglesia, muchas personas no saben –conscientemente– si son dioses o seres humanos. Por brutal que parezca, no es más que la raíz del balanceo entre el fulgor y la desesperación al que somos sometidas. Una madre inconsciente, sea hombre o mujer, se identifica con la Diosa Madre y se consume intentando alimentar a todos los niños abandonados que encuentra. Los alimenta a todos, sin reconocer que su propia sombra está haciendo pasar hambre a su propio niño o niña interior. Quizás proyecte al dios-niño dorado sobre su hijo, que se identifica con la proyección mientras está en presencia de ella. Pero cuando se va, el hijo se desmorona bajo la negra luz de su adicción a la cocaína. El padre que proyecta el resplandor sobre su hija puede crear a una persona que necesita destacar en todo y que inconscientemente anhela la oscuridad de su propia tierra en una adicción a la comida. La misma irrealidad de la proyección activa una sobrecompensación que intenta restablecer el equilibrio humano.

Las proyecciones parentales entre hombres y mujeres adultos pueden llegar a aturdirnos. Si no hay un contenedor egoico lo bastante fuerte que diga «No soy un dios o diosa. No soy lo que tú piensas que soy», el péndulo psíquico se adentrará demasiado en la luz.

El receptor se identificará con la proyección, se inflará, soñará con globos de aire caliente que explotan y el péndulo emprenderá el regreso para sumergirse en la oscuridad de la desesperación. Sin un firme término medio humano, no existe un contenedor alma-cuerpo en el cual se puedan domar los animales interiores, o en el cual se pueda encarnar el espíritu. El implacable balanceo incrementará simplemente su velocidad, hasta que el ego sea lo bastante fuerte como para gritar: «Detente. No soy Luke Skywalker. Voy a encontrarme a mí mismo». En lo femenino, la homóloga de Luke es Lucía. Ambos nombres derivan de la palabra latina *lux*, que significa «luz». De ahí viene también Lucifer.

En nuestra historia, Allerleirauh, impactada por los deseos incestuosos de su padre, decide que no va a crepitar ni estremecerse con la proyección de él. Ella es una guerrera. No va a llevar el cuerpo ectoplas-

mático de su padre con ella a la tumba y crea un plan para encontrarse a sí misma.

—Antes de cumplir con tu deseo —le dice a su padre—, debo tener tres vestidos, uno tan dorado como el sol, otro tan plateado como la luna y otro tan brillante como las estrellas.

En este libro, Kate, Mary y Rita se sumieron, cada una por su parte, en una crisis en la que tuvieron que elegir entre aceptar su destino en una confabulación incestuosa con el patriarcado o bien vencer sus miedos y buscar su propia identidad. Cada una de ellas encontró su propio camino, que es lo que tenemos que hacer todas. Kate inició su viaje en el análisis. En un principio, su necesidad de significados la atrajo hacia el vestido dorado. Mary, bailarina profesional, comenzó su viaje moviéndose conscientemente en su cuerpo. Allí aprendió a llevar el vestido plateado. Rita sabía algo acerca de la danza en oro y plata. A los setenta y dos años, estaba preparada para contemplar el resplandor de las estrellas.

Claro está que ningún viaje se puede dividir estrictamente en oro, plata y estrellas. Hay personas que desarrollan su consciencia solar hasta que su ego es lo bastante fuerte como para caer en la consciencia lunar. Otras atraviesan la luna en dirección al sol. Sin embargo, en cualquier proceso, las dos energías se mueven como dos serpientes entrelazadas. La energía femenina puede avanzar hasta que el contenedor es lo suficientemente fuerte como para recibir la energía masculina; el espíritu masculino incrementa su brillo cuando el alma-cuerpo se hace más fuerte. El entrelazamiento discurre peldaño a peldaño, como una doble hélice en espiral, hasta que el matrimonio interior se consuma. Y reinicia de nuevo el camino en una sintonía más delicada. A medida que las energías cambian dentro, las relaciones lo hacen de manera equivalente fuera.

En este libro no he establecido diferenciación alguna entre relaciones lesbianas, homosexuales y heterosexuales. En todas las personas existen dos energías que buscan alcanzar un equilibrio armónico. En ocasiones se repelen y, otras veces, se atraen. Para alcanzar nuestro potencial pleno, tenemos que dejar espacio a estas energías para que crezcan, interactúen y se transformen. El nombre que les demos depende de nosotras. Yo prefiero llamarlas femenina y masculina, porque su

entrelazamiento lo veo personificado en sueños a través de mujeres y hombres. Además, sus imágenes biológicas –útero, pechos, sangre menstrual, óvulo, o falo, testículos, eyaculación, espermatozoides– son fundamentales para comprender el proceso creador en los sueños. Aunque no existen dos procesos iguales, los mapas psíquicos son similares.

Pero, en el cuento de hadas, Allerleirauh plantea aún otra exigencia, que espera que su padre no pueda satisfacer: «[...] como manto deseo mil tipos diferentes de pieles cosidas entre sí; cada tipo de animal que existe en tu reino deberá dar un trozo de su piel». Pero el rey consigue satisfacer todas las exigencias, en apariencia imposibles, de Allerleirauh y señala el día de la boda. Sin embargo, ella consigue huir la noche anterior, llevando tres tesoros consigo: un anillo, una minúscula rueda y una devanadera, todas ellas de oro. Guarda también los tres vestidos en una cáscara de nuez, se pone su manto de mil pieles y se tinte la cara y las manos con hollín. Finalmente, se encomienda a Dios y abandona el hogar paterno.

¿Qué se siente al abandonar el hogar paterno? ¿O el hogar de tu marido-padre? ¿Qué se siente al mirarle a los ojos y verte a ti misma como una traidora, al abandonar al hombre que siempre confió en ti? ¿Qué se siente al dejar atrás la seguridad de su amor, aunque a él nunca le preocupara quién eras tú realmente? ¿Qué pasa en tu cuerpo cuando te enfrentas a un profesor querido y respetado, y rechazas todas las normas que él nunca se ha cuestionado? Y cuando él dice que tu enfoque femenino es absurdo, carente de sentido, coherencia y énfasis, ¿no te preguntas si eres estúpida? Y cuando te encuentras sola en tu apartamento vacío, escuchando voces en tu interior que creías que venían de fuera, ¿no te preguntas si encontrarte a ti misma era realmente tan importante? ¿Puedes ser la persona que siempre negaste ser?

Tomar conciencia de la realidad de su situación es lo que lleva a Allerleirauh a huir de su Jardín del Edén inconsciente. El rayo de su padre destruye la proyección que la mantenía en su incestuoso vínculo. Atrapada en un incesto inconsciente, una mujer puede identificarse con la masculinidad de su padre, y/o identificarse con su idea de femineidad y con la femineidad que cada hombre proyecta sobre ella. Está a merced de las proyecciones masculinas porque, al identificarse con ellas, cercena su auténtica vida.

Expulsada del Edén, Allerleirauh huye al bosque y hace lo único que puede hacer: se queda dormida en el agujero de un árbol. Su instinto femenino le dice que su supervivencia depende de ello, de regresar al útero de la naturaleza. Para ello, tiene que alejarse de la sociedad y de la corte, del rey, de todas las imágenes que se proyectaron sobre ella. Ella cubre su verdadera identidad con el hollín de la vergüenza y de la culpabilidad, y se hace invisible bajo las pieles muertas del reino de su padre. Hay mujeres que se retiran para siempre en el agujero de un árbol. Otras saben que sus instintos han quedado atenuados por el mundo en el que han crecido, pero que tienen que respetar algunos convencionalismos todavía con el fin de sobrevivir. Ocultan su realidad, pero encuentran hombres que no van a ser capaces de conectar con sus sentimientos más profundos: intelectuales que reflejan su fulgor en ingeniosas conversaciones; hombres fieles ordinarios que siguen en contacto con sus propios instintos. Muchas mujeres buscan el útero de la naturaleza en sus relaciones con otras mujeres.

Allerleirauh lleva sus tesoros y símbolos femeninos del sol, la luna y las estrellas en su cáscara de nuez —todas las constelaciones del cielo en estado embrionario—. A su debido tiempo, el paciente e intrincado proceso da forma al microcosmos, que magnifica al macrocosmos.

En ocasiones, el agujero del árbol no es más que un tiempo de sueño, si el sueño es posible. El trauma de reconocer la verdad por vez primera crea un velo que hace desaparecer la vida exterior y abre una puerta a la realidad interior. En un principio, esto resulta sanador, pero puede resultar peligroso si se prolonga demasiado en el tiempo, pues sumergirse en la inercia femenina de la naturaleza puede ser demasiado seductor. De hecho, se puede convertir en un escape de los miedos de la demencia o los conflictos del mundo exterior. Paradójicamente, el árbol del agujero es, a la vez, una tumba y un útero dentro de la Gran Madre.

Allerleirauh no puede quedarse en el árbol para siempre. Un rey vecino y sus cazadores olfatean a la «asombrosa bestia» que se oculta en el árbol. El rey ordena que lleven a su palacio a la aterrorizada criatura y que la pongan a trabajar en la cocina. Una vez allí, los cazadores le asignan un cuartucho bajo la escalera, donde no penetra la luz, y le dicen:

—Bestia peluda, vivirás y dormirás aquí.

Entonces la historia adopta un movimiento de mareas muy femenino. Poco a poco, Allerleirauh se aventura a subir a los corredores y las cámaras donde se encuentra el rey, para luego retirarse a su oscuro cubil; de nuevo sube para luego volver a su escondrijo, atreviéndose a ir cada vez más lejos, con más consciencia, hasta que la aventura y la inevitabilidad del resultado se convierten en una sola cosa.

El cubil bajo las escaleras es una versión avanzada del agujero en el árbol; un útero en el cual ella está embarazada de sí misma, bajo las escaleras que la conectan con otro nivel de consciencia. Al igual que muchas mujeres en nuestros tiempos, Allerleirauh tiene que aprender a hacerse cargo de sí misma. La reina del cabello dorado, que hechizó a su padre, arrancó una promesa que negaba el flujo y reflujo de la vida. El flujo femenino en el reino está muerto, porque los valores se centran en la cabeza, sin reconocer al animal humano. Llevan a una sexualidad compulsiva, a un ejercicio compulsivo, a cualquier cosa compulsiva que destruye el equilibrio instintivo. Envuelta en su abrigo de pieles, Allerleirauh puede conectar de nuevo con la diosa del Paleolítico. En su propio cuerpo puede celebrar la redondez y la belleza de sus senos y su vientre, sentir a la Diosa generadora de vida que se reconoce a Sí misma en las onduladas colinas. Puede sentir Su profunda cólera y Su sentido de rechazo, Su inmenso sufrimiento, Su increíble fortaleza. Puede honrar su propia sangre, ese rojo de pasión que la conecta con la luna en el cielo y con el lodo en el suelo —«el lodo que puede deslizarse hasta el mar, el lodo del flujo de la tumba vacía de Cristo, el lodo que oscurece la visión del tercer Ojo, lodo que alberga sangre, lodo que mueve, disuelve, la invita amablemente a sumergirse en él»—.<sup>6</sup> Es la Gran Madre viva, la matriz creativa en la cual la muerte está dando a luz a la vida una y otra vez.

Esta matriz creativa está estrechamente relacionada con el vestido plateado. Reconectar con ella y mantener una conexión consciente con ella es el trabajo de toda una vida, que comienza en las primeras fases de la búsqueda de nosotras mismas. Para la mayoría supone años de esfuerzo concentrado el mero hecho de atreverse a moverse conscientemente en esa matriz. Subimos y bajamos nuestras escaleras psíquicas, sabemos que existe un agujero oscuro, damos vueltas a su alrededor de

---

6. De la correspondencia con mi amiga Janet Parker Vaughan.

manera frenética o caemos en él en nuestras adicciones. La Gran Madre –creadora y destructora– está esperando allí.

Algunos cubiles de personas adoptan la forma del despacho del analista. Las personas salen corriendo de su mundo patriarcal cuando acaban el trabajo. Bajan las escaleras y llegan al despacho. Se sueltan el cabello, se quitan los zapatos, se quitan el hollín de los celos y la vergüenza, y las pieles de la sexualidad, la lucha o la huida. Poco a poco, la lengua reposa en el fondo de la boca hasta situarse a la velocidad del alma, y trabajan con sus diarios y sus sueños. Al menos durante unos instantes, se hallan en su matriz creadora, lo que Blake denomina «un Momento cada Día que Satanás no puede encontrar».<sup>7</sup> El cubil de otras personas está en su propia sala de estar, en su estudio o en su casa rural. Esté donde esté, es un espacio sagrado donde pueden dejarse caer hasta el fondo de su propia naturaleza y conectar con el interior divino.

La cocina en la que Allerleirauh tiene que llevar a cabo el trabajo sucio está muy vinculada con el cubil. Las energías inconscientes crudas del mundo exterior –pavos, vacas, verduras– se llevan allí dentro, y el ego se esfuerza mucho limpiándolas, civilizándolas, poniéndolas al fuego para transformarlas y hacerlas accesibles a la consciencia humana. Lo que comemos física y psíquicamente se convierte en nosotras, y nuestra tarea consiste en elegir aquello que es adecuado para nuestra alimentación, vigilar que el fuego de la cocina esté en su punto exacto y determinar en qué momento tendremos que echar nuestras propias cenizas. Los sueños nos lo dirán. A veces necesitaremos carne roja para sustentar nuestra masculinidad, aves de corral para alimentar lo femenino y pescado para fortalecernos espiritualmente. En ocasiones precisaremos frutas y verduras del vientre de la Madre. Poco a poco, iremos adquiriendo fuerza y coraje para poder subir las escaleras e ir al baile.

Allerleirauh le pregunta al cocinero si puede ir, aunque sólo sea para mirar desde la puerta.

—Sí, ve, pero tienes que estar aquí de vuelta en media hora para barrer el hogar de la chimenea.

---

7. William Blake. «Milton». En *Selected Poetry and Prose*, Northrop Frye (ed.) (Toronto: Random House of Canada, 1953), pág. 257.